BOITELLE

BOITELLE

A Roberto Pinchón

El tío Boitelle (Antonio) era el indicado, en la aldea, para todos los trabajos inmundos. Cuantas veces había que limpiar un pozo negro, una cloaca, un estercolero, una charca infecta, se le enviaba á buscar.

Comparecía con los cubos y cazos de largo mango, los zuecos cubiertos de porquería y acometía la tarea; quejándose sin cesar de su oficio. Si le preguntaban por qué se dedicaba á faenas tan repugnantes, contestaba resignado:

-¡Pardiez! para dar pan á los chicos. Mejor se paga esto que otra cosa.

TO LOSS MONTERREY, MEXICO

—Quedan ocho en casa. Tengo uno en el servicio y cinco casados.

Cuando le decían si habían encontrado buenos partidos, añadía con vivacidad:

—Se han casado á su gusto; no les he contrariado ni aconsejado. Si uno se opone al gusto de los hijos, hace mal. Si me dedico á este oficio es porque mis padres se opusieron á mi gusto. De lo contrario, sería un obrero como los demás.

He aquí la historia de la oposición de sus padres.

Era soldado entonces y estaba de guarnición en el Havre. No se distinguía por su inteligencia, pero tampoco era de los más torpes. Durante las horas de paseo, su mayor placer consistía en acudir al muelle donde están instalados todos los vendedores de pájaros. Ya solo, ya acompañado de un paisano, pasaba lentamente por delante de las jaulas en las cuales están encerrados los loros verdes con cabeza amarilla del Amazonas; los grises y de cabeza en-

carnada del Senegal, los papagayos, los cardenales, las cotorras de toda especie que parecen pintadas con todo esmero por un Dios miniaturista, y los pajaritos verdes, rojos, morados, amarillos, que mezclan sus píos y chillidos á los rumores del muelle, rumores compuestos del rodar de los carruajes, de la descarga de los buques, de los chirridos de las grúas y que producen un ruido agudo, ensordecedor, como de un bosque lejano y sobrenatural.

Boitelle se detenía con los ojos dilatados y la boca abierta, sonriente y encantado, enseñando los dientes á las kakatoas aprisionadas, que saludaban con su plumero blanco ó amarillo el encarnado de su pantalón y el bronce de sus arreos militares. Si topaba con un pájaro hablador le hacía preguntas, y si el animalito le contestaba, ya estaba de buen humor hasta la noche. Mirando los monos se deleitaba también lo indecible, y no concebía un lujo mayor para un ricachón, que el de poseer algunos de aquellos animales, como se tiene perros y gatos. La afición por lo exótico la tenía en la masa de la sangre, como otros sienten vocación invencible por la caza, por la pesca, por la medicina. Y en cuanto salia del cuartel una fuerza poderosa le atraia al muelle y le hacía permanecer alli.

Una vez que estaba parado y boquiabierto mirando como un enorme cardenal hinchaba sus plumas, se inclinaba y se ergula como si hiciese cortesías en la corte del país de los papagayos, vió abrirse la puerta de un cafetín que estaba junto á la tienda del pajarero, y aparecer una negrita, con un pañuelo colorado en la cabeza, que barría el serrín y los tapones y colillas del establecimiento.

La atención de Boitelle se dividió instantáneamente entre el ave y la muchacha y no hubiese sabido decir á cual de aquellos dos seres contemplaba con mayor admiración y gusto.

La negra, después de amontonar la basura, levantó la vista y quedó á su vez deslumbrada por el uniforme del soldado. Permanecía de pie ante él, con la escoba en la mano, como si le hubiese presentado el arma, en tanto que el cardenal continuaba sus reverencias. El soldado sintióse al cabo embarazado por la atención de que era objeto y se tué paso á paso, para no parecer que se batía en retirada.

Pero volvió. Casi todos los días pasó por el café de las Colonias, y á menudo vió á la negrita que servía bocks y aguardiente á los marineros. A menudo también salía ella al ver al muchacho, y pron-

to, sin haberse hablado jamás, sonreíanse como antiguos conocidos; y Boitelle se sentía conmovido hasta lo indecible al ver brillar entre los obscuros labios de la moza, la línea deslumbradora de sus dientes. Un día entró, por fin, y quedó muy sorprendido al oir que la negra hablaba el francés como todo el mundo. La botella de gaseosa, de la que ella se dignó aceptar un vaso, quedó en la memoria de Boitelle como un recuerdo delicioso; y contrajo la costumbre de ir al cafetín cuantas veces se lo permitía el estado de su bolsa.

Era para él un encanto, una dicha en la que pensaba de continuo, ver la mano de la negrita escanciarle de beber en tanto que le sonreían sus dientes, más claros que sus ojos. Al cabo de dos meses de conocerse fueron buenos amigos, y Boitelle, después de una fugaz extrañeza que sintió al advertir que las ideas de aquella negra eran iguales á las de las chicas honestas de su aldea, que le gustaban la economía, el trabajo, la religión y la buena conducta, se enamoró de ella hasta el punto de querer casarse con ella.

Le comunicó tal proyecto, que la hizo bailar de alegría. La chica tenía algún dinero que le legó la vendedora de ostras que la adoptara cuando un capitán americano la dejó en el muelle del Havre. El capitán la había hallado acurrucada sobre las balas de algodón de la bodega. Podría tener unos seis años. Al llegar al Havre la abandonó á los cuidados de la ostrera, que se compadeció de aquella negrita que llevaba á bordo el americano. Al morir la ostrera, la negrita entró de camarera en el café de las Colonias.

Antonio Boitelle añadió:

—Nos casaremos si mis padres no se oponen. Nunca les desobedeceré; jamás. En cuanto vaya al pueblo les hablaré de esto.

A la semana siguiente, habiendo obtenido permiso, fué á ver á sus padres que cultivaban una granla en Tourteville, cerca de Ivetot.

Esperó á que terminase la comida, cuando el café, bautizado con aguardiente, engendra mayor confianza, para informar á sus padres de que había encontrado una novia tan á su gusto, que no había otra que más le conviniera en el mundo.

Los viejos, al oir aquello, reflexionaron y pidieron explicaciones. Nada les ocultó, excepto el color de su piel.

Era una sirvienta, con poco dinero, pero trabajadora, económica, honrada, lista, sesuda. Esto valía más que el dinero en manos de una haragana. Tenía algún cuartejo, unos mil quinientos francos que le legó la mujer que la educó; casi una dote, depositada en la caja de ahorros. Sus padres, conquistados por aquel discurso y confiando en su buen sentido, cedían poco á poco cuando llegó al punto escabroso. Riendo con algún embarazo, añadió:

—No hay más que una cosa que quizá no os guste: que no es nada blanca.

No le entendían y tuvo que darles largas explicaciones, á fin de no asustarles, para decirles que pertenecía á la raza obscura de la cual no habían visto sus padres ninguna muestra más que en unas láminas.

Entonces le miraron inquietos, perplejos, asustados, como si les propusiera casarse con el Diablo.

La madre decia:

-¿Negra? ¿Lo es de todas partes? ¿Lo es mu-

—Si; - contestaba el chico—es negra como tú eres blanca.

El padre intervino:

-¿Es tan negra como la sartén?

-¡Hombre, tanto, not Es negra; pero no repug-

na. El manteo del cura bien es negro y no es más feo que un sobrepelliz blanco.

—¿Las hay más negras que ella en su tierra?—inquiría el padre.

Su hijo, convencido, exclamó:

-¡Ya lo creo!

El buen hombre meneaba la cabeza:

-¡Debe repugnar!

-No, hombre; al cabo de un momento se acostumbra uno.

La madre dijo:

-¿Debe ensuciar la ropa más que las otras mujeres?

-No, ¿no ves que es su color?

En fin, después de muchas preguntas, quedó convenido que los padres verían á la moza antes de decidirse, y que el chico, que obtendría la licencia al otro mes, traería á la negra, á fin de examinarla y decidir si era harto tiznada para entrar en la familia Boitelle.

Antonio anunció que el domingo 22 de mayo, día de su liberación, iría á Tourteville con su amiguita.

La morena sacó á relucir sus mejores galas para impresionar á los padres de su enamorado y se puso un traje en el que dominaban el amarillo, el rojo y el azul, de modo que parecía un navío empavesado.

En la estación, cuando iban á salir del Havre, la miraron mucho y Boitelle estaba ufano de dar el brazo á una persona que tanto llamaba la atención. Luego, en el vagón de tercera en que tomó asiento, produjo tal sorpresa á los campesinos, que los de los otros departamentos se subieron á las banquetas para examinarla á su sabor por encima del tabique de madera. Un niño, al verla, chilló de miedo y otro ocultó la cara en la falda de su madre.

Todo fué al pelo hasta que llegaron á Ivetot. Entonces Antonio sintió la misma angustia que le acometía cuando se anunciaba un examen y no sabía los artículos de la ordenanza. Sacando la cabeza por la ventanilla, reconoció de lejos á su padre que

sujetaba las riendas de la jaca enganchada al carricoche, y á su madre que estaba junto á la barrera.

Bajó el primero; alargó la mano á su amiga y tieso como un huso, á guisa de quien escolta á un general, se dirigió hacia su familia.

Su madre, al ver aquella señora negra y pintarrajeada que iba en compañía de su hijo, estaba tan
estupefacta que no acertaba á abrir la boca, y su
padre apenas podía sujetar el caballejo, que se encabritaba, ó por temor de la locomotora ó de la negra. Pero Antonio, acometido de franca alegría al
ver á sus padres, corrió hacia ellos, les abrazó y
besó, y luego, volviéndose hacia su compañera, que
causaba gran admiración á los aldeanos, dijo:

-¡Aquí estál Ya os había dicho que á primera vista choca algo; pero al cabo de un rato no hay nada tan agradable. Saludadla.

Entonces la tía Boitelle, intimidada hasta lo indecible, hizo una especie de reverencia, en tanto que su marido quitábase la gorra y murmuraba:

-Muy buenos días.

Luego, sin detenerse, subieron al carricoche, las mujeres detrás y los hombres delante.

Nadie hablaba. Antonio, inquieto, silbaba una canción cuartelera; el padre fustigaba la jaca y la

madre miraba de soslayo á la negra cuya frente y pómulos relucían como unos zapatos bien lustrados.

Antonio, queriendo romper el hielo, se volvió:

-¿No se habla?

-Ya hay tiempo-replicó la vieja.

El mozo añadió:

—¡Ea! Cuenta la historia de los ocho huevos de tu gallina.

Era una broma célebre en la familia. Pero como su madre continuaba callada por la emoción, tomó él mismo la palabra, y contó, riendo á carcajadas, la memorable aventura. El padre, que se la sabía de memoria, sonrió á las primeras palabras; su mujer siguió pronto el ejemplo, y la negra, al llegar al punto más gracioso, soltó una carcajada tan franca, tan ruidosa, tan formidable, que el jaco galopó espontáneamente durante un trecho de camino.

Ya se conocían ahora. Hablaron.

Apenas llegados, después de llevar á su amiga á una habitación para que cambiase de vestido á fin de no manchar el de viaje cuando preparara un plato destinado á seducir á sus padres por la gula, Antonio preguntó á los viejos:

-¿Qué tal? ¿Qué os parece?

El suicidio del cura-6

El padre calló; la madre, más atrevida, declaró:

-¡Es demasiado negra! Cree que lo es demasiado; no puedo acostumbrarme á ella.

-Ya te acostumbrarás-replicó Antonio.

-Quizá sí; pero de momento no.

Entraron y la buena mujer se enterneció viendo como la negra guisaba. Se puso á ayudarla con verdadera actividad.

La comida fué larga y alegre y suculenta. Después al dar una vuelta por el campo, Antonio pilló aparte á su padre.

-¿Qué te parece?

El viejo no se comprometía jamás.

-No sé. Pregunta á tu madre.

Entonces Antonio alcanzó á su madre y haciéndola quedar unos pasos atrás, preguntó:

-¿Qué te parece, madre?

—¡Pobre muchacho! Es demasiado negra. Si no lo fuera tanto, no me opondría, pero lo es demasiado. ¡Parece Satanás!

No insistió sabiendo que su madre era terca; pero sintió un gran pesar. Pensaba lo que debería hacer é inventar, sorprendido de que su amiga no les hubiese conquistado ya como le conquistó á él.

Andaban los cuatro por entre los trigos, callados

casi siempre. Cuando pasaban junto á una granja, salían los labriegos para ver á la «negra» que Boitelle hijo había traído de la ciudad. Se veía gentes que acudían desde lejos, como acuden cuando suena el tambor que anuncia algún fenómeno viviente. Los viejos, atortolados al ver la curiosidad que despertaban, apretaron el paso, precediendo de lejos á su hijo y à la negra que preguntaba á Antonio lo que sus padres pensaban de ella.

El contestaba, vacilando, que aun no se habían decidido.

En la plaza de la aldea la gente salía en masa de todas las viviendas, y los viejos, al ver aquella multitud cada vez más numerosa, tomaron la fuga, en tanto que Antonio, dando el brazo á su amiga, avanzaba majestuoso y colérico entre los papanatas.

Comprendía que todo acabó; que no se casaría con la negra. Esta lo comprendía también y ambos se echaron á llorar cerca de la granja. Una vez en ella, la negra se quitó otra vez el vestido para ayudar á la vieja, y siguió á ésta por todas partes, al establo, al granero, al gallinero, activa y trabajadora, diciendo de continuo: «Deje, deje usted, señora Boitelle.» Tanto se afanó, que por la noche, la buena mujer, conmovida, pero inexorable, dijo á su hijo:

Es una buena muchacha; lo veo; lástima que sea tan negra. ¡Pero lo es demasiado; no podría acostumbrarme á ella; es preciso que se vuelva; es demasiado negra!

Y Antonio dijo á su amiga:

-No quiere. Eres demasiado negra. Tienes que volverte. Te acompañaré hasta el ferrocarril. No importa; no llores; les hablaré de nuevo cuando te hayas marchado.

La acompañó, pues, á la estación dándole esperanzas; y después de abrazarla y besarla la hizo subir al convoy, mirando como se alejaba el tren, llorando á lágrima viva.

Por más que suplicó á sus padres, estos no consintieron jamás en tal matrimonio.

Y después de contar el caso, que todo el pueblo conocía, Boitelle no dejaba nunca de añadir:

—Desde entonces nada me ha gustado; ningún oficio me placía y he acabado como ven ustedes.

Si le decian:

-Bien se casó usted, sin embargo-replicaba:

—Si, y no puedo decir que no me ha gustado mi mujer, puesto que he tenido catorce hijos de ella; pero no hay que compararla con la otra ¡ah, no! Mi negrita no tenía más que mirarme y ya me sentía transportado...

EL ASISTENTE

UNIVERSIDAD BE NOTEVO LEGIN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA NACTURA REYES" ANNO 1825 MONTERREY, MEMOS

EL ASISTENTE

El cementerio, cuajado de oficiales, parecia un campo florido. Los kepis y los pantalones encarnados, los galones y botones dorados, los sables, los cordones de los ayudantes, los alamares de cazadores y húsares, pasaban entre las tumbas cuyas cruces, blancas ó negras, abrían como con dolor sus brazos, brazos de hierro, de piedra ó de madera, sobre la multitud sepultada de los muertos.

Acababan de enterrar la esposa del coronel de Limousin. Se había ahogado dos días antes, tomando un baño.

Todo había terminado; los curas se marcharon; pero el coronel, sostenido por dos oficiales, miraba aún en el fondo de la fosa el ataúd que ocultaba, descompuesto ya, el cuerpo de su joven esposa.

Era casi un viejo; un hombre alto y amojamado, con grandes bigotes blancos, que tres años antes se casara con la hija de un camarada muerto poco antes, el coronel Sortís.

El capitán y el teniente que sostenían á su jefe, procuraban apartarle de aquel fúnebre sitio; pero él se resistía, lloroso y murmurando: «No, no, todavía no». Y se obstinaba en permanecer allí, con las piernas temblorosas, mirando aquella fosa que se le antojaba un abismo en el que hubiesen caído su corazón y su existencia, todo lo que le quedaba en la tierra.

De pronto, el general d'Ormont se acereó, tomó por el brazo al coronel y le dijo casi arrastrándole: «Ea, ea, viejo mio; no hay que afligirse de este modo». El coronel obedeció entonces y volvió á su casa.

Al abrir la puerta de su despacho, vió una carta sobre la mesa. Al cogerla, sintió una emoción indecible, porque reconoció la letra de su mujer. Y la carta llevaba el sello de la administración de aquel mismo día. Rompió el sobre y leyó:

«Padre:

»Permita usted que aun le dé este nombre como en otro tiempo. Cuando reciba usted ésta ya estaré muerta y enterrada. Quizá entonces pueda usted perdonarme.

»No trato de apiadarle ni de atenuar mi falta. Quiero sólo decirle, con toda la sinceridad de una mujer que va á matarse dentro de una hora, la verdad entera.

»Cuando se casó usted conmigo, por generosidad, me entregué á usted por reconocimiento y le amé de todo corazón, como una niña que era. Le amé como amaba á papá, casi tanto; y un día, sentada en sus rodillas, mientras usted me besaba, le llamé «padre» á pesar mío. Fué un grito del corazón, instintivo, espontáneo. Sí, era usted para mí un padre. Usted se rió y me dijo: «Llámame siempre así, hija mía; me gusta.

»Vinimos á esta ciudad y—perdóneme, padre—me enamoré. ¡Oh! resistí mucho, mucho tiempo; dos años, casi dos años: y después cedí, fuí culpable, fuí una desdichada.

»¿El? No sabrá usted su nombre. Estoy segura de ello, pues eran doce los oficiales que siempre me rodeaban y que usted llamaba mis doce constelaciones.

»No trate usted de conocerle, padre, ni le aborrezca. Hizo lo que todos hubiesen hecho en su lugar, y, además, estoy segura de que me amaba de todo corazón.

»Pero oiga; un día nos habíamos dado cita en la isleta de las Becadas, la que está cerca del molino. Yo debía llegar allí á nado y él esperarme entre los arbustos, y luego permanecer allí hasta la noche para que no le viesen salir. Acababa de juntarme á él, cuando, de pronto, apareció Felipe, su asistente de usted, que nos había sorprendido. Comprendi que estábamos perdidos y lancé un alarido. Entonces él me dijo: «Váyase usted nadando, querida, y déjeme con este hombre.»

»Me iui tan conmovida que por poco me ahogo, y volvi á casa esperando algo espantoso.

»Una hora después, Felipe me decía en voz baja, en el corredor donde le hallé: «Estoy á las órdenes de la señora por si quiere darme alguna carta». Comprendí que se había vendido y que mi amigo le había comprado.

»Le di cartas, en efecto, todas. El las entregaba y me traía la contestación.

»Esto duró cerca de dos meses. Teníamos confianza en él, y usted también le creía fiel.

*Oiga lo que ocurrió, padre. Un día, en la misma isleta de las Becadas, encontré al asistente. Me es-

peraba y me previno que iba á denunciarnos, que le iba á entregar á usted cartas robadas, cartas que había guardado, si no accedía á sus deseos.

»¡Oh, padre, padre mío! Tuve miedo, un miedo vil, indigno; miedo de usted sobre todo, de usted tan bueno, á quien había engañado; miedo por él también—le habría usted matado—miedo por mí, quizá. ¡Qué sé yo! Estaba enloquecida, desesperada y creí comprar á ese miserable que me amaba también ¡qué vergüenza!

»Somos tan débiles las mujeres, que no sabemos defendernos, y luego, cuando se ha caído, se cae cada vez más bajo, más bajo. ¿Supe acaso lo que hacía? Sólo comprendí que uno de ustedes dos y yo íbamos á morir y me entregué á ese bruto.

»Ya ve usted, padre, que no trato de disculparme.

»Entonces sucedió lo que ya debía haber previsto: volvió á poseerme cuantas veces quiso aterrorizándome. Ha sido mi amante, como el otro, mi amante de cada día. ¿No es esto abominable? ¡Qué castigo, padre!

»Entonces pensé que era necesario morir. Viva, no me hubiese atrevido á confesarle tal crimen. Muerta, me atrevo á todo. Sólo la muerte podía la-

UNIVERSIDAD DE MUEVO (RO BIELLOTECA UNIVERSIDAD

"ALFONDO NEYES"...

var mis culpas. Ya no podía amar ni ser amada; parecíame que manchaba á las gentes con sólo darles la mano.

»Dentro de un rato voy á tomar mi baño y no volveré.

»Esta carta para usted irá á casa de mi amante. La recibirá después de mi muerte y sin saber nada la hará llegar á manos de usted, cumpliendo así mi última voluntad. Y usted la leerá al volver del cementerio.

»Adiós, padre; nada más he de decirle. Perdóneme.»

El coronel se secó la frente sudorosa. Su sangre fría, la sangre fría de los días de batalla le daba un formidable poder sobre sí mismo.

Llamó.

Apareció un criado.

-Que venga Felipe-dijo.

Luego entreabrió el cajón de su mesa.

El asistente entró al cabo de un momento. Era un soldado alto de bigotazos rojos, de aspecto socarrón, de mirada astuta.

El coronel le miró fijamente.

—Vas á decirme el nombre del amante de mi mujer.

-Pero, coronel...

El militar sacó su revolver del cajón entreabierto.

-Ea, aprisa; ya sabes que no bromeo.

—Pues bien... mi coronel... es el capitán Saint-Albert.

Apenas había pronunciado este nombre cuando una llama le abrasó los ojos y cayó de bruces con un balazo en la frente.